

HISTORIA Y ARTE

Dibujos: ARNOLDO MICHAELSEN
Texto: LUIS MARTINEZ DELGADO

Escribe: HECTOR ROJAS HERAZO

La historia es un fenómeno táctil. Es necesario que ese algo pretérito y abstracto —el acontecimiento— se torne inmediato, familiar, manoseable. Esto explica el fervor por la epístola, por el traje, por los utensilios testimoniales de un personaje o de una época. Nos gusta comprobar que, en el flujo de múltiples sucesos evaporados por la cotidianidad, el suceso notable no sólo no desaparece sino que el tiempo contribuye a comunicarle una frescura y una apetencia inmarcibles. Nos gusta, por ello mismo, cristalizarlo en un aquí, que se introduzca y opere en nuestro dintorno. Es este, nos parece, el principal atractivo de un sitio donde se ha detenido la historia.

A medida que recorremos sus estancias, examinamos sus reliquias o respiramos en su silencio, sentimos que nuestra presencia es una intromisión participante. Que sin movernos —por el solo hecho de estar en él, de coincidir con la oculta vida que emana de sus objetos y sus muros— hemos realizado un viaje a un lugar sagrado de nosotros mismos. Porque el edificio y el concepto forman un todo indisoluble. Pero su evidencia está más en nosotros, en la preparación de nuestra imaginación y de nuestra sangre para suponerlo y enfrentarlo, que en aquellas estancias añejadas por el peregrinaje de un pueblo. Es el aire, la piedra y el árbol transferidos en amor. Es un maridaje ritual entre el fervor que prefigura y el prestigio y la gloria del lugar visitado. Es, en suma, un acto de totalidad. Ese lugar, enaltecido por la hazaña o por su relación con un período o un hombre determinados, es la única oportunidad que tenemos de vivir, en un sentido más arbitrario por lo rigurosamente individual y pleno, el pasado que nos impulsa y justifica.

El edificio historiado termina, rebasando un anécdota. Viviéndose, emanándose. Como elemento que se aspira, que se toca, que se define. Lo gaseoso de la epopeya, de la conseja o de la leyenda deja de serlo para convertirse en alcoba, en ventana, en mueble, en pared encalada, en lumbr solar o en noche diluída sobre la madera o la piedra.

Esta labor —aprehender la fisonomía de varios lugares colectivamente amados— ha sido cumplida entre nosotros, con motivo de los fes-

tejos sesquicentenarios, por el artista chileno Arnoldo Michaelsen. Y es ella la síntesis de muchos años de desvelo. Michaelsen ha recorrido a Colombia —sus caminos, sus veredas, sus ciudades— en un acto de sostenido fervor. Ha entrado a sus recintos historiados, con vigilia silenciosa, a oír, a ver, a tectar, a amamantar secreto, a ver el milagro de los rincones naciendo y muriendo diariamente en una atmósfera alucinada por la respiración de la grandeza. Y su lápiz —sagaz, travieso, urgido de un delirio nervioso y elegante— captura la movilidad de la hoja goteando sobre la techumbre; o el afilado perfil de una torre ascendiendo entre masas de luz; o la nube que sirve para reafirmar la terrestre pesantez de una barda herreriana. La línea de Michaelsen es esquemática y cierta. No se detiene en minucias. Trabaja con amplias síntesis. Y cuando narra —el sombrío de un balcón o el aletazo de sombra que acuchilla una muralla, por ejemplo— lo hace con cierta irritada pericia. Su alegría está más en cantar la frescura, la indocilidad, el esquivo ademán de las cosas: el talle de un árbol livianamente contoneado frente a un aljibe; el espesor de unas columnas sosteniendo la audacia de unas vigas; la araña de un embaldosado o la escalera casi desapercibida —puros alambres de oro sostenidos en vilo por la penumbra— que comunican un refectorio con una celda monacal.

Y están las vastas salas y los camerinos matronales y las espadañas que se inclinan sobre los valles para llamar a otras aldeas con su campana solitaria. Y los rostros de esos pueblucos nuestros, sonoros como un aldabonazo. Pero, sobre todo, está el silencio. Las cosas meditan en los dibujos de Michaelsen. Parece como si a todas ellas —al retrato, a la silla, a la arcada, a la cureña o al nicho— las hubiese sorprendido en cración. Michaelsen les ha capturado su postura íntima a las cosas. Esto explica la felicidad que parece flotar en sus cartones. La tortura y la parsimonia de la tarea han sido borradas. Solo queda el perfume de una conducta, el triunfo de ver, el gracioso equilibrio que parece anular y desconocer el sufrimiento.

Admirable es aquel que ha logrado convertir su pasión en tarea. Este parece ser el reconocimiento central que el doctor Eduardo Santos ha colgado, como un símbolo, en el dintel de "Historia y Arte". Al cerrar el álbum —editado con un lujo severo y enlucido por las palabras del académico Luis Martínez Delgado— nos queda la sensación de que hemos recorrido lo mejor de Colombia, los hitos donde ella late con más exactitud y profundidad, a bordo de una pupila insustituible. Porque ese álbum, esas veinte y ocho estampas a pluma, es un homenaje en que la paciencia del investigador y la morosidad del artista se hacen presentes en nuestra fecha máxima en un acto lleno, por igual, de fecunda revivencia, de fervor geográfico y de claridad testimonial.